



Adriana Berrío  
*Tiempo para escuchar*  
(2003)



Florence Thomas\*

## Hacia una redistribución del poder para una nueva ética del amor

---

\* Psicóloga, Coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad.

*“El día en que la mujer pueda amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma sino para encontrarse, no para renunciar sino para reafirmarse, entonces el amor será tanto para ella como para el hombre una fuente de vida y no de mortal peligro”*

Simone de Beauvoir

*Qué vanidad imaginar  
que puedo darte todo. El amor y la dicha.  
Itinerarios, música, juguetes.  
Es cierto que es así:  
todo lo mío te lo doy. Es cierto.  
pero todo lo mío no te basta,  
como a mí no me basta que me des todo lo tuyo.  
Por esto no seremos nunca  
la pareja perfecta, la tarjeta postal,  
si no somos capaces de aceptar  
que sólo en la aritmética  
el dos nace del uno más el uno.*

Julio Cortázar

Hablar del amor en la agonía del siglo y del milenio se ha vuelto no solo urgente sino inaplazable y tal vez más cuando lo hacemos desde Colombia, un país que parece haber olvidado que las identidades se construyen a partir de las historias de amor de los(as) sujetos(as). De hecho desde mi práctica de psicóloga y de mujer feminista, soy una convencida de que para encontrar nuevos caminos para Colombia y sus múltiples guerras, es imprescindible iniciar un desplazamiento de nuestras miradas, de lo público hacia lo privado, del afuera hacia el adentro y lo más trivial y cotidiano de nuestras vidas, allí mismo donde se constituye la vida.

Creo firmemente que deberíamos dejar por un instante de contabilizar los homicidios, los desaparecidos, los torturados y las constantes violaciones a los derechos humanos, para ocuparnos de la mente -por así nombrarla- pero podríamos decir de las identidades o de las subjetividades de los hombres y de las mujeres, de su manera de encontrarse en la intimidad, de desearse y de amarse, porque la paz, esta anhelada paz que todo el país y el mundo buscan, además de ser un concepto del afuera, de la plaza pública y de los títulos de los artículos de nuestros diarios, se debe generar también en la mente de los sujetos y representar una dimensión del mundo de lo cotidiano sin la cual no hay manera de construir un mundo distinto.

Por supuesto lo que anuncio es demasiado tema para el espacio de un artículo y me limitaré a desarrollar sólo algunos aspectos, algunas facetas del apasionante pero demasiado vasto tema del amor. Quiero precisar que es un tema que toca de manera muy especial a las mujeres cuyo mundo había sido tradicionalmente el mundo del amor, mundo que representó históricamente su mayor felicidad a la vez que su más grande desgracia. Tal vez por esto, cada vez que quiero hablar del amor, siento que no puedo evitar confrontarme con mi propia historia que termina siempre por permear cualquier discurso teórico sobre el tema. Lo más probable es que este escrito refleje, una vez más, esta ambigüedad, pero me pregunto a veces si es posible -y deseable- hablar del amor de otra manera. No lo sé.

Quisiera entonces tratar de replantear el actual régimen de las relaciones amorosas a partir de una nueva hipótesis generada por los cambios de condición y posición sociológica de las mujeres en estas últimas décadas; hipótesis que podríamos formular de la siguiente manera: para amar desde una nueva ética, es imprescindible encontrarnos desde la autonomía en cuanto dos sujetos (que bien pueden ser un sujeto y una

sujeta, dos sujetos, o dos sujetas) libres en cuanto “ser de sí”, con una visión secular del mundo y dispuestos a enriquecerse mutuamente con el fin de que el amor se transforme en una fuente de posibilidades para la vida y no de eternos maleficios o estragos para la muerte. Y anunciar que para amarse desde otra perspectiva es necesaria la autonomía o capacidad de actuar sobre sí mismo(a), es algo que, por lo menos desde una óptica de mujer, revoluciona todo lo que había sido hasta hoy el dispositivo amoroso occidental judeocristiano. Pienso entonces, como el título de este artículo lo indica, en una “nueva ética del amor” porque de esto se trata: una ética que parte, ya no de una cultura androcéntrica que ubicó a las mujeres como eterno objeto del deseo masculino, sino de una cultura verdaderamente bisexual capaz de reconocer las transformaciones y redefiniciones de los lugares sociales de las mujeres o, en otras palabras, sus nuevos posicionamientos y los consecuentes y profundos cambios de los sujetos y objetos del deseo y de las relaciones amorosas.

Hoy, y gracias a este nuevo devenir femenino, nos hemos vuelto de alguna manera todos y todas mutantes del amor y, como lo dice Julia Kristeva en sus “historias de amor”, el mismo Narciso quiere reinventar el amor. Y al decir esto no pretendemos cambiar del todo la estructura del amor que seguirá siendo fundamentalmente y por mucho tiempo aun, a partir de elementos inconscientes muy arcaicos, una respuesta tramposa a la falta originaria, un sueño ancestral de fusión y una idealización imaginaria a partir de un otro soñado a la medida de nuestras propias carencias. Por mucho tiempo todavía seguiremos saldando, a través de nuestras historias de amor, viejas cuentas con nuestro pasado y con nuestras historias de construcción de identidad genérica, identidad que, de hecho, ha necesitado para edificarse una primera historia de amor, esta que Freud tildaría de historia prototipo de todas

nuestras futuras historias y que, desde una cultura patriarcal, había ubicado de manera distinta a mujeres y hombres frente al deseo. Sabemos que los hombres y las mujeres buscan en el amor algo diferente puesto que tuvieron una relación al Edipo distinta. Mientras el hombre buscará algo perdido pero que ya conoció a través de esta fusión libidinalmente gratificante con la madre, la mujer espera algo desconocido: este sentimiento de completud narcisista que, por la escasa o nula presencia del padre en las prácticas de socialización de sus primeros años, le hizo tanta falta.

Pero lo que sí pensamos posible es revolucionar el régimen de las relaciones amorosas, su lógica relacional que, en un contexto patriarcal, instaló un principio de dominación que excluyó la reciprocidad y la posibilidad de trascender así el dualismo sujeto-objeto o dominante-dominado. Y pensamos esto posible por lo que ha significado en el mundo occidental el siglo XX para las relaciones hombre-mujer. Como nunca antes en la historia, ni siquiera juntando los diecinueve siglos precedentes se había logrado semejante sacudida. Y a pesar de que dicha sacudida había sido anunciada desde el siglo XVIII por algunos teóricos de la Revolución Francesa, sabemos que nos tocó esperar casi dos siglos más para volver el sueño revolucionario accesible a las mujeres. Y ni siquiera a todas las mujeres sino a algunas mujeres occidentales. Creo que la precisión es importante cuando se habla desde un país como Colombia en el cual falta todavía mucho camino para que artículos de la nueva Constitución o leyes recientes a favor de las mujeres se vuelvan normas de la vida cotidiana, de las actuaciones, de las actitudes, del corazón y de los imaginarios.

Pero, sin duda, hoy los múltiples cambios tanto económicos como sociales y políticos de este país y las luchas de las mismas mujeres, incidieron paulatinamente en la condición femenina logrando incluso cuestionar el viejo marco

explicativo de la feminidad que se había vuelto incapaz de responder a una nueva lógica de modernización del país, que no se puede lograr sin una mínima modernidad o secularización de los sujetos que lo conforman.

Es así como, a todo lo largo del siglo XX y en este contexto de modernización e incluso hoy, de internacionalización de Colombia, y gracias a los aportes de las teorías feministas, los estudios de género y las demandas de los movimientos sociales de mujeres, ellas se constituyen poco a poco en sujetos políticos y de derecho. Descubren con asombro los caminos del saber (del saber académico, este que significa poder y que había sido por lo mismo el privilegio de los hombres, porque saberes las mujeres siempre han tenido múltiples), caminos que les permiten volverse lentamente pero de manera imparable, generadoras de cultura, de arte, de literatura, de música, de cine y en general de investigaciones en todos los campos de la ciencia y de la estética, generando así nuevas miradas sobre categorías de una epistemología occidental trasnochada. Recuperan el control de su fecundidad y, por lo menos simbólicamente, el control de su cuerpo; conquistan la igualdad de derechos políticos con los hombres, se vuelven visibles, empiezan a ser nombradas y por consiguiente dejan de parecer para aparecer. Se inicia así una nueva interpretación de su actuar en el mundo y su existencia cobra entonces un significado tanto histórico como político.

En relación con el tema que nos convoca hoy, y en gran parte gracias a los estudios de mujer y su examen profundamente crítico de campos que se habían quedado intocables para la ciencia social hasta la década del cincuenta, por lo menos en Europa, los temas del amor, de la sexualidad y de los dispositivos de conyugalidad aparecen de repente como campos altamente estratégicos en la producción-reproducción de la inferiorización-sumisión de las mujeres en la historia.

Y creo que es a partir de estas nuevas miradas, que permiten afianzar los nuevos ordenamientos y posicionamientos de las mujeres, que debemos entender el hecho de ser mutantes del amor. Los logros de las mujeres en este siglo no pueden dejar por fuera la alquimia del amor y si bien sabemos que las mutaciones toman un tiempo que no se puede medir con la duración de nuestras vidas, estoy convencida de que cada nueva historia de amor, cada nuevo y repetido fracaso, cada nuevo ensayo por no reencontrar los mismos estragos de siempre, nos ayuda a entender que las éticas son históricas así como las dinámicas del amor, sus goces y sus estragos. Y no estoy soñando. Sé (ahora...) que nunca el amor será una fiesta y que no existe ningún paraíso perdido a la vuelta de la esquina. Pero sé también que ahora las mujeres desean y hablan, y desean y hablan desde otros lugares, dejando así poco a poco de ser mujeres de la ilusión, como las llama Ana María Fernández en el libro que lleva este mismo título, o sea mujeres eternamente fantaseadas por los hombres; y dejando de ser mujeres de la ilusión, se vuelve posible pensar en una nueva ética del amor. Una ética que se origine, esta vez, en la aceptación de que para amarse es tal vez necesario empezar a renunciar al sueño fusional del “dos en uno” y a la nostalgia de ser uno solo que, en una cultura androcéntrica, no dejaba duda sobre cuál de los dos había sido subsumido o consumido en un acto que se parecía más al canibalismo que a nuestras ideas actuales del amor. Boleros, tangos y baladas, telenovelas, comerciales, revistas femeninas y expresiones vernaculares de nuestro idioma están todavía ahí para recordarnos todos los viejos imaginarios del amor. (¿No es que las mujeres “se tienen, se toman, se conquistan y finalmente se comen?”).

Y para renunciar a algo del viejo sueño fusional, renuncia necesaria si queremos aprender a pasar de esta etapa del ciego y dulce enamoramiento a otra que se esfuerza por instalar la

relación en la duración y confrontarla con la cotidianidad, es imprescindible aceptar la llegada al escenario social de un nuevo sujeto o, mejor dicho, una nueva sujeta, que implica otra ecuación para el amor: ser dos sujetos autónomos y libres o sea diferentes e iguales, puesto que diferencia e igualdad no son conceptos antitéticos. Son conceptos paralelos que remiten a debates distintos. Uno, la igualdad remite a un debate político; el otro, la diferencia, a un debate epistemológico-existencial. Estoy hablando entonces de dos soledades que para encontrarse y unirse, deben primero existir separadamente. Para nosotras las mujeres esto equivale a construir muros de contención subjetiva, trazar límites, saber poner sus límites subjetivos, porque solo puede existir reciprocidad y receptividad de un otro a partir de una oscura certeza y afirmación de sí. Solo desde el propio reconocimiento puede llegar uno a la otredad. Solo desde la separación hay posibilidad de encuentro como nos lo recuerda Luce Irigaray en su *Ética de la diferencia sexual*.

Anunciar esto significa, entre otras cosas, cambiar radicalmente la regla social de los viejos juegos de poder del amor a partir de la “puesta en escena” de una nueva subjetividad femenina que hará a las mujeres capaces poco a poco de amar, ya no desde una subjetividad hipotecada que marcó su histórica heteronomía, sino desde la autonomía y consiguiente redefinición de su posición en la economía libidinal o sea en los complejos juegos del deseo y del amor.

Somos conscientes del reto que representa esta última afirmación. Sí; se trata de un reto inmenso pero no imposible; para las feministas hace tiempo que lo imposible no existe sino que hace parte de nuestros sueños y hemos aprendido a fuerza de terquedad que los sueños habitan la realidad. Por supuesto esto no nos impide tener grandes inquietudes, pues a pesar de estar convencida

de que las mujeres no darán un paso atrás en el camino de las conquistas laborales, legales y políticas o sea en estos lugares que se han ganado, soy algo pesimista en relación con lo que significa luchar contra nuestra secular inferiorización en los inconscientes. Tal vez porque sé que luchar contra este conjunto de temores, miedos, prejuicios y estereotipos de pensamiento que, a menudo, nos determinan sin saberlo, es infinitamente más difícil y aleatorio que conquistar derechos legales. Y es que ser verdaderamente dos sujetos subjetivamente autónomos y políticamente equivalentes significa para las mujeres, no solo obtener una habitación propia como lugar físico, como nos lo recordaba Virginia Woolf hace más de cincuenta años, sino esencialmente como lugar subjetivo del sí misma.

Pero ¿cómo romper estas repeticiones mortíferas y cómo separar la parte irreductible de nuestro inconsciente de la parte generada por las múltiples prohibiciones, identificaciones, normas culturales e imperativos sociales que nos habían construido como mujeres de la ilusión, de la ilusión de los hombres? En este sentido sería necesario hoy empezar a hacer la parte de lo irreductible y la parte de nuestra inscripción en campos de poderes precisos que se construyeron históricamente y sobre los cuales, por consiguiente, podemos actuar y estamos actuando a pesar de los múltiples lugares de resistencia que, como es lógico en una cultura tan profundamente patriarcal como la nuestra, encontramos en el camino.

No sé si los inconscientes son susceptibles de cambio o no -y dejo esta difícil pregunta a los psicoanalistas y sobre todo a las psicoanalistas feministas- pero soy convencida de que lo que llamo imaginarios sociales -o sea este conjunto de representaciones, imágenes, mitos, leyendas, metáforas que circulan en una cultura- son productos de la historia y de la cultura y en este sentido vale la pena preguntarse si, después de siglos de

interiorización de una cultura patriarcal que nos expropió de nosotras-mismas satanizando nuestro cuerpo y nuestra sexualidad, histerizando nuestra existencia e hipotecando nuestra mente, seremos capaces de reconstruir un mínimo de reconocimiento narcisista o imagen gratificante de lo femenino . Y digo “reconstruir” sin saber si debería decir simplemente “construir” pues, quién sabe si en la arqueología histórica de nuestra identidad pudimos reconocernos a través de imágenes algo más valorizantes y bellas que las de hoy. Tal vez en los albores de la humanidad, cuando fuimos diosas...

De hecho, las mujeres sienten y empiezan a entender hoy que se ha vuelto urgente sacudir los imaginarios sociales y las representaciones culturales de la femineidad con el fin de que pueda iniciarse un ajuste entre aquellas y su nuevo devenir, porque ya no se reconocen en los estereotipos de mujeres pasivas o madres sobreprotectoras y castradoras, brujas, putas o ángeles sin sexo que una cultura de hombres y sus múltiples narrativas proyecta todavía sobre ellas. Están entendiendo también que crear nuevos significantes no es imposible como lo quisieran muchos. Los significantes que conforman gran parte de nuestros imaginarios están hechos de materiales simbólicos o sea de palabras, de mitos, de estructuras familiares y de memorias y aun cuando sabemos que su transformación tomará un tiempo no comparable cronológicamente al tiempo de las prácticas sociales, no encontramos razón para su inmovilismo histórico.

Las feministas sabemos ya, desde hace algunas décadas, que trabajar sobre los sistemas simbólicos como el lenguaje, los mitos, los ritos, las leyendas, el folclore, pero también sobre los discursos normativos como el discurso médico, pedagógico, filosófico, jurídico, estético y científico, demanda mucha terquedad, paciencia y valentía. Es el conjunto de toda una cultura y sus redes

simbólicas que poco a poco aceptó poner en tela de juicio sus categorías significantes con el fin de derribar al falo como significante primordial y único, para enfrentarlo simétricamente a otro significante capaz de nombrar lo que se pensaba innombrable: lo femenino. Un significante al cual habrá que encontrar un referente... ¿matricial?, ¿labial?, ¿clitoridial? Claro, da risa, quién sabe por qué, cuando durante mucho tiempo nadie se atrevió ni siquiera a sonreír frente al referente fálico. Solo hoy día empezamos las mujeres a ser algo irreverentes y a reírnos frente a este monumento simbólico que empezó a agrietarse. Nada muy grave todavía... Pero lo importante es que hoy estamos pensando seriamente en proporcionarle un referente simétrico capaz de reflejar la androginia del mundo. Sí, lo estamos pensando... sin afán y con tiempo porque nuestra revolución es hoy, ante todo y como ya lo mencioné, una revolución simbólica tan profundamente subversiva que necesitará mucho tiempo y lo sabemos.

Pero les quiero recordar también que en este trabajo sobre lo simbólico existen hoy una cantidad de cuestionamientos y de nuevas miradas bajo la forma de nuevas lecturas y escrituras de muchos capítulos de viejos discursos. Pienso, entre otros, en los trabajos de Luce Irigaray, Julia Kristeva, Hélène Cixous, Françoise Collin; los trabajos de las feministas italianas de la librería de Milán, del grupo de Verona, sus encuentros tan fructíferos con el partido Comunista italiano; filósofas como Carla Lonzi, Celia Amorós, Adela Cortina, Victoria Camps; las americanas como Carol Gilligan o Jane Flax y su último trabajo sobre “Psicoanálisis y Feminismo, pensamientos fragmentarios”, y varias latinoamericanas como Ana María Fernández, Eva Giberti y Martha Lamas, entre muchas otras. Y no me referiré para no cansarlos(as) a los actuales trabajos que estamos realizando desde nuestra inaugural Maestría en Estudios de Género en la Universidad Nacional

de Bogotá. Nunca las feministas se sintieron tan bien acompañadas en ese terreno de una paulatina deconstrucción epistemológica, que les proporciona nuevas miradas sobre todos los discursos de un viejo saber que de modo progresivo se problematiza.

Pero para volver a lo nuestro, estaba hablando entonces de la posibilidad de instaurar una cultura bisexuada como premisa para una nueva ética del amor.

La pregunta es entonces qué permitiría a una cultura bisexuada imponerse poco a poco; trataré de responder a esta difícil pregunta a partir de algunos ejemplos pues, repito, soy consciente de que inventar mediaciones creadoras de realidades nuevas no se hace en cinco minutos y producir una revolución simbólica toma otro tiempo y es otra labor muy distinta que la de realizar mítines o redactar leyes. Por esto a veces siento una especie de malestar cuando nos preguntan sobre lo que proponemos las feministas. La epistemología occidental tomó miles de años para edificarse y construir su argumentación, pero reclama ya a las mujeres ideas claras y precisas en relación con sus propuestas. Una ética de la diferencia sexual tomará tal vez siglos para edificarse...

Si es necesario ser dos para amar desde nuevos horizontes, para las mujeres esto significa llegar a reconocerse y tratar de existir desde un registro de la afirmación que nos permita amar desde una posición de sujeto, o sea de sujeta, y no como desde siempre tratar de reactivar nuestra frágil existencia en la mirada o el deseo de un hombre, puesto que desde nuestra infancia habíamos aprendido que para existir debíamos ante todo ser «amables». Y solo un hombre nos podía proporcionar entonces seguridad, buena imagen, estabilidad y porvenir subjetivo a través de una maternidad redentora de todas nuestras carencias existenciales, definidas por una cultu-

ra androcéntrica. La cultura de las mujeres fue entonces una cultura del amor a los otros por medio del olvido de si mismas y esto, lo sabemos ahora, fue una fuente de muchas desgracias para ellas pero también para los hombres que, desafortunadamente, todavía no lo han entendido.

Una de las urgencias para reconocernos positivamente es aprender a conocer nuestro cuerpo y magnificar nuestra sexualidad específica después de más de dos mil años de manipulación, satanización y expropiación por parte de una cultura judeocristiana patriarcal, atemorizada por el sexo femenino. Y para este reconocimiento es imprescindible que el sexo femenino sea nombrado -no se olviden que estamos trabajando al nivel simbólico-; que se le nombre a la niña esta pequeña abertura tan temida y vilipendiada por los hombres. Que se nombre su vulva, su monte de Venus, su clítoris, su útero con el fin de que se vuelva orgullosa de ese sexo suyo tan portador de goce como de vida y por consiguiente tan bello. Las palabras están en los diccionarios (por lo menos en los actuales) y últimamente están en los libros de biología. Pero solo están ahí. Letra muerta porque el contexto social no permitió que adquirieran una consistencia fuerte en la estructura del inconsciente, y el sexo femenino se volvió innombrable, indecible porque hace siglos una cultura de hombres que necesitaba encontrar una salida a sus fantasmas, lo culpó de todos los males de este mundo.

Y si aceptamos que pensamos, deseamos y amamos por medio de nuestros imaginarios, se vuelve como tenaz amar algo indecible, tachado, satanizado e hysterizado. ¿No les parece? Para cuántas mujeres de este país su sexo es todavía algo innombrable, sucio, del cual no se debe hablar y cuyas secreciones se deben hacer olvidar lo más posible... La sangre de los guerreros siempre fue pura mientras era impura la de las mujeres... Por lo menos esto es lo que nos enseñaron.



Y más allá de nombrar el sexo femenino, se trata también de generar nuevas metáforas capaces esta vez de magnificar el misterio del amor, de la sexualidad y de la procreación pero desde nuevas imágenes. Las mujeres empiezan a tener una palabra y a hablar con otras palabras que ya no pasen obligatoriamente por la omnipresencia del falo. No podemos seguir articulando nuestra sexualidad a la ecuación erección-penetración-orgasmo-silencio-cigarillo y dejarnos repetir que nuestro goce representa un lugar no nombrable, un “algo más” que escapa al universo semántico masculino y su falo-referente. En este sentido la palabra femenina tendrá poco a poco que tomarse en serio y dejar de ser una palabra-síntoma (sin-toma).

Sí, el continente negro de la sexualidad femenina, que no era sino una página en blanco, se está escribiendo. Y con esto no estamos impidiendo que los hombres se impliquen también en una evolución que les concierne tanto como a nosotras. Solo estamos tratando de desbancar una ideología fálica monista con el fin de que se instauren nuevos caminos favorables a una verdadera cultura bisexual donde ninguno de los dos será el referente para el otro y donde no definiremos más hombre y mujer como opuestos sino como diferentes a partir de una concepción verdaderamente dual de la humanidad. Esto se hará a partir de un ejercicio vigilante que abra el sentido a los conceptos. La mujer se volverá así el otro respecto al hombre y el hombre el otro respecto a la mujer, perdiendo así su lugar privilegiado en la cultura. Con esto, me estoy refiriendo al trabajo paralelo que habrá que realizar sobre el concepto de masculinidad, sus metáforas culturales e imaginarios sociales. Pues buscar otro ordenamiento amoroso a partir de un nuevo devenir femenino trastoca obligatoriamente los lugares de la masculinidad. Para poder empezar a hablar de simetría y bisexualidad es imprescindible repensar la masculinidad sin miedo ni viejas nostalgias.

Pero tampoco será suficiente nombrar y magnificar la sexualidad femenina, pues de hecho es toda la imagen de la mujer que es necesario cambiar en todos los rincones de la cultura, y con una vigilancia sin límite. Todas las imágenes transmitidas por los medios, los comerciales, la literatura, las letras de las canciones, la escuela y otros discursos que conforman el tejido cultural... Tendremos que poner en tela de juicio la interpretación patriarcal de los mitos y reinterrogarlos desde esta mirada de la sospecha que nos habita ahora. Haremos hablar entonces nuevamente a las diosas griegas, a Démeter y Perséfone, a las mujeres del génesis y del nuevo testamento, a Antígona e Ifigenia; escucharemos nuevamente a Lisistrata y sus propuestas para acabar las guerras de los hombres; le prestaremos una atención nueva a Yocasta y Casandra cuando todo el guion fue para Edipo. Escucharemos a Alma Malher, a Clara Schuman y a Camille Claudel, y trataremos de cambiar la potentísima imagen de mujer-madre por la de una mujer-sujeto histórico y político, libre y con capacidad de actuar sobre sí-misma.

Esto no se hará en cinco minutos, tal vez ni siquiera en cinco generaciones, pero como ya les dije, lo importante hoy es haber iniciado este inmenso trabajo. Y todo esto lo acompañaremos necesariamente por un cambio en las prácticas de socialización y más exactamente trataremos de cambiar la actual sobredosis de maternización por una buena dosis de paternización. Es todo el contexto parental de la educación que es necesario cambiar si queremos empezar a construir mujeres que ya no se enfermen de amor, pues como lo dice Lude-Anne Skittecate en su trabajo sobre *Los silencios de Yocasta*: “¿Cómo pensar que una niña mal amada por su madre, desvalorizada por la ausencia del padre, supuestamente castrada y obligada a integrarse en una cultura fálica, no se sienta inferiorizada?”

Tal vez entonces nos podamos reconciliar con el amor que dejará de ser el único principio organizador de nuestras vidas. No se trata de renunciar al amor, sino de cambiar el régimen de las relaciones amorosas gracias a un desplazamiento progresivo de las mujeres a su nueva condición, tanto socio política como subjetiva, desplazamiento que sea capaz de una redistribución más equitativa de los viejos campos de poder que envenenaban el amor.

Solo desde la adquisición de una nueva salud mental para las mujeres, por así decirlo, podremos pensar en una nueva ética del amor. Pero este trabajo se hará, ante todo, desde las mujeres, pues, ¿quién busca salir del impase amoroso? Creo que hoy día, son ellas. Tal vez porque sienten que no tienen nada que perder pero mucho que ganar y sobre todo están entendiendo que la raza de los amos no puede desaparecer sino por medio de la desaparición de la de los esclavos. Y no a la inversa. Mientras algunas quieren salvar algo de su condición y gozar de las ventajas (que por cierto existen) que les proporciona su situación de objeto, no lo lograremos. Pero si estamos decididas a perder esta condición de existencia de segundo orden y asumir el duelo de una vida de dependencia y subordinación, entonces nos daremos la posibilidad de acceder a un nuevo orden relacional en el cual serán esta vez la convivencia y la reciprocidad las que harán ley.

Para salir de nuestra edad-media, de nuestro colonialismo subjetivo, es imprescindible morir a nuestra condición de eterno objeto para el otro, de espejo dorado para el amor a sí-mismo masculino, y acabar con las estructuras imaginarias del dominado, del sumiso y nuestros fantasmas de esclavo. Nacer a nosotras mismas, esposarse a sí mismas deberían ser por el momento los únicos nacimientos y matrimonios que acepten las mujeres. Porque ellas no pueden admitir por más tiempo ser humilladas, maltratadas y golpeadas por hombres que todos dicen quererlas; tampoco

pueden seguir admitiendo, tener cuerpos satanizados, clítoris extirpados y labios cosidos (hay millones de mujeres infibuladas en el mundo); ser acosadas, poseídas y violadas (en Bogotá hay 16 mujeres y niñas violadas diariamente y solo 7% de las violaciones son reportadas oficialmente); estar “solas” cuando se separan, mientras los hombres son “libres”; las mujeres ya no quieren ser rivales y envidiosas entre ellas, posesivas y enfermar de amor.

Entonces a las mujeres les toca existir de manera gratificante antes de amar (y ahí hablo de este amor que nos hace despertar una noche con la certeza de estar enamorada ... porque ya sabemos que para poder existir, o sea construir subjetividad, ha sido necesaria una primera historia de amor, esta que representa de alguna manera nuestra arqueología del amor), y no ser amadas y amar para sentirse por fin existir. Esto será la condición para no volver a vivir amores de telenovelas, de rancheras y vallenatos, amores de hoteluchos y moteles, amores-recetarios de revistas femeninas, amores de chantajes; ya no quieren oír nunca más “seré tu dueño”, “me perteneces”, “olvidame si puedes...”, “si te vas, me mato”, “si me engañas, te mato”, amores enfermizos y moribundos, productos de una economía libidinal más que sospechosa.

Las mujeres quieren esposarse a sí-mismas antes de contraer cualquier otra nupcia. Quieren aprender a tener una existencia propia que ya no sea determinada por la pertenencia al padre o marido. Quieren una nueva salud mental amorosa hecha de risas porque la risa de las mujeres representa probablemente el fin de su desgracia y el enemigo mortal de la seriedad fálica. Y no olvidemos que la risa es contagiosa...

¿Mucho optimismo, el mío? Sí, probablemente por el sencillo hecho de que trabajar de dedicación exclusiva para este propósito me obliga a un

cierto optimismo que no me impide nunca saber que el amor será siempre, a pesar de que no me gusta este adjetivo, una prueba y el lugar por excelencia de nuestra fragilidad y vulnerabilidad tanto para hombres como para mujeres. Durante mucho tiempo aun, seguiremos prematuros en el amor porque seguiremos esperando del otro amado o de la otra amada que nos resuelva nuestras carencias como la madre de nuestros primeros meses y años. Haber aprendido de amores en amores y por medio de mucho dolor que finalmente no podemos sino contar con nosotros mismos o con nosotras mismas, parece todavía no cambiar nada. Lo sabemos y no lo creemos. La humanidad adulta no ha nacido. Pero puede estar gestándose. Es, por lo menos, lo que quiero creer.

Y lo que agrava hoy nuestra condición de prematuros es que se están esfumando los códigos amorosos. Los que todavía existen ya no son de mucha ayuda. La historia de María y Efraín nos asombra a la vez que nos aburre; la ilusión de felicidad que nos venden casi todos los finales de telenovelas a través de una fetichización del matrimonio, nos da rabia -por lo menos a mí-, la letra desteñida

y apasionada de los boleros nos hace sonreír, porque ya entendimos que todo tiempo pasado no fue mejor; Narciso, Tristán e Isolda, Romeo y Julieta y todos los grandes amantes de la historia nos reafirman que la pasión sirve para morir y no para vivir, y los tiempos neo-liberales nos cambiaron las cosas del amor por el amor a las cosas... Nos faltan indicadores, nos faltan espejos, nos faltan guías que nos permitan caminar con un poco más de seguridad entre las delicias y los estragos de una historia de amor problematizada por sus protagonistas que ya no quieren cumplir con lo escrito. Los tiempos modernos y aun más la postmodernidad están en mora de reinventar el amor y escribir nuevos guiones que se adapten mejor a sus actuales protagonistas.

Con el siglo que agoniza, somos mutantes del amor pero con la conciencia clara de que somos los artesanos y las artesanas de un progreso que ya dejó de ser lineal y que no depende más de una mano invisible o de una misteriosa providencia. Somos caminantes del amor, de estas y estos que abren camino al andar. Somos, por fin, dicen las mujeres, mutantes del amor.